***Noviembre de 1980.***

- Jose, ¡échanos la corrobla!

- Higinio, que se os va hacer de día y yo todavía tengo que sacar las birrias.

- ¿Y qué prisa tenemos? Dale, un estellino de vino y, si te queda de la tarantana del verano, estírate por un día. Esa que estaba tan picantita.

- Como cacho aquí solo tenemos chorizo de burranco, el mejor del mundo.

- Lo que sea. Pero ahora tengo que aliviar que estoy *enpotinao*; ya vengo.

Higinio, tío *Minuto*, legionario duro como un canchal y asiduo de la *Nieve*, se coloca la boina para proteger la calva incipiente entre los pelajos ya canosos y sale al relente. Una niebla no muy espesa envuelve las farolas amarillentas, mientras una mezcla de quiriquis y rebuznos lejanos parecen saludarle. Rehúsa entrar en la calleja por la cantidad de barro que todavía se acumulaba tras las recientes lluvias y vacila colocarse contra la pared. La mujer *del Jose* tiene malas pulgas y una mancha de esas en la cal pasa factura tarde o temprano. La charca del Regajo no está más que a veinte pasos, así que allá va *el Higinio*, decidido aunque tambaleante.

Ni un alma, y eso que el amanecer está cerca, ya deberían haberse puesto en marcha los madrugadores, especialmente el porquero de la Villa que, tras esperar en el corral Concejo a las distintas piaras, se las lleva de montanera al Cuarto del Monte. Higinio de desabrocha la bragueta y según le entra la tose (“¡malditos Celtas Cortos!”) y le sube un regüeldo de acidez del estómago, unos cascos cercanos le obligan a mirar para atrás. Nada, algunos caballos que han pasado la noche a relva.

Empieza el día, gris y frío, se barrunta tranquilo. Sin apenas abrir los ojos, termina de miccionar con cierta dificultad y, de pronto, cree ver en el mismo centro de la charca, por allí donde está el poste de hormigón que marca la profundidad, un chorro de agua que se eleva como una gran escupichina.

Higinio trata de enfocar la mirada, pero no acierta a ver nada. Se gira hacia el campo de fútbol, por si hubiera zagales jugando a la pelota a tan temprana hora o si algún pájaro estuviera remontando el vuelo desde la charca. Todo desierto, salvo por un par de vacas haraganas que se rascan en uno de los postes de la portería más lejana.

Se oye un rumor quedo, como de alguien barriendo cascotes (“debe ser tía Margarita limpiando la entrada de su casa de los trozos de teja que dejan los balonazos; peor resulta cuando tiene que apartar los cachos que caen por la chimenea y arruinan los garbanzos a la lumbre”, piensa tío Minuto acordándose de sus mozos, que también tuvo.

Detrás del Pozo, tampoco hay nadie. Espera Higinio que el gracioso dé la cara, porque sin duda se trata de alguna broma de las que se gastan en el pueblo. Puede ser una partida de chavales que preparan detonaciones con carburo y vigilan que no les persigan los municipales.

Le vino a la cabeza aquella travesura de niños que no tuvieron mejor idea que robarle a uno de los compañeros de pandilla la ropa mientras se bañaba en la alberca del cerro. Se llegaron hasta la Plaza en busca del abuelo diciéndole que se había ahogado *el Raimundo*. Con los padres en Alemania, emigrantes en busca de porvenir, el anciano, azorado, apuraba al burro que le llevaba hacia la charca y lamentando la pérdida de su nieto. En cuanto le vio, en cueros, *arrecío* y avergonzado entre los juncos no supo más que soltarle un sopapo, que más sonó a alivio que otra cosa.

De nuevo sintió el surtidor cayendo a lo lejos, pero esta vez acompañado de una masa oscura, lenta como un tractor, elevándose claramente sobre la superficie.

- Pero, ¡¿qué demonios es eso?!

El otoño había comenzado lluvioso, tanto que el Caganchas parecía un río de verdad. En realidad se trata de una torrentera que en verano se seca como un higo paso, pero cuando cae en serio, se convierte en un curso caudaloso que puede arrastrar todo tipo de escombros y maderos desde el Guadalperal hasta la charca, cruzando por el centro del pueblo. El Regajo podía estar en una de sus mejores marcas, con el agua llegando a la pequeña muralla que la contiene y vertiendo generosamente al Salor. Se distinguían algunas ramas flotando por doquier; pero aquello era distinto, no parecía nada reconocible.

Con la bragueta sin subir, Higinio se vuelve al bar, sobrio de repente, en busca de sus compañeros de parranda.

- ¡Venid a ver lo que hay en la charca! Parece una tenca gigante.

- Higinio, si dejaras el aguardiente y te contentaras con un buen pitarra, te dejarías de tontunas.

- ¡Que no, hombre, que no! Las he cogido bien gordas, pero hoy no.

- Si lo peor es mezclar, ¿qué habrás bebido desde esta mañana temprano y después de salir a los chatos?

- Bueno, la verdad es que no me vaga echarle un vistazo, pero así también le cambio el agua al canario.

En fin, salieron todos. El frío de la mañana les saludó como un tortazo a mano abierta (“hoy el grajo debe ir andando”, pensó el tabernero). La cuadrilla se acercó a la charca por el lado del pozo, tratando de enfocar la vista al centro de la masa de agua desde lejos. Con gran parsimonia, la gran masa oscura volvió a aparecer.

Boquiabiertos, los incrédulos, compadres no acertaban a hilar nada comprensible.

- ¿Veis? Os digo que hay un monstruo en el Regajo. A lo mejor es como ese de Leganés.

- Es el Lago Ness, inútil, que está en Inglaterra y su charca es más grande.

- Pues yo creo que es una ballena. Antes tiró agua *pa’rriba*, como las que salen en los programas del *Custó* ese.

- ¿Y qué hacemos? No se puede quedar ahí, lo mejor será llamar al alcalde o a don Antonio, alguien decidirá lo que se hace en estos casos.

- Lo mejor será avisar a la Guardia Civil, esos sí saben qué hacer y, a las malas, por lo menos llevan pistola. Mariano, llégate tú que tienes la bici cerca.

Cuando llegó *el Mariano* a la Casa Cuartel, pilló desprevenidos al cabo y al guardia Macario que *echaban* un cigarro en el patio. Esa mañana le tocaba descanso al cabo, pero se había puesto el uniforme de trabajo de todos modos. El guardia Diego estaba comprobando los cerrojos de la verja del calabozo, mientras Santiago leía la orden general del día anterior, atusándose el bigote reglamentario.

- ¿Cómo que una ballena en el Regajo? ¿No os habréis pasado con el alpiste?

- Martín, hombre, si la cosa no fuera tan seria habríamos ido antes a ver al alcalde.

- Ayer os vi en la Llaná de Machaca, con lo cual ya habíais pasado por la Parra y el bar de Berruca, seguro que fuisteis también a lo de Alejandro y la taberna de Silvestre…

- “… Y la Nieve”, apuntó Macario, tirando el cigarrillo a medias.

- Bueno, al final tendremos que ir a ver qué habéis preparado. ¡Macario, el tricornio y al R4, vamos allá!

Al acercarse la Benemérita, ya había congregada una pequeña asamblea junto a la charca. El pueblo suele barruntar las novedades a gran velocidad, y por la orilla del Regajo se habían dejado caer algunos madrugadores que habían dejado de momento sus tareas para ser testigos de la gran nueva. Ya se sabe que uno, por mucho madrugar encontró un costal, pero más madrugó el que lo perdió.

- Macario, saca los prismáticos y acabemos con esto cuanto antes.

- Mi Cabo, se rompieron cuando fuimos detrás de aquellos furtivos el otro día y todavía no he tenido tiempo de redactar el escrito para reponer el material. Además, el Teniente de la Línea nos dijo que este año íbamos a pasarlas canutas para todas estas cosas de equipo suelto y…

- ¡Vale Macario, vale! Ya nos apañaremos.

- Y digo yo, mi Cabo, igual deberíamos tomar algo, un café o así, porque se barrunta que la mañana va a ser larga y ya tengo la cena en los zancajos.

- No es momento para almorzar, Macario, coño.

En esos momentos hace acto de presencia el excelentísimo señor alcalde, como siempre rodeado de sus más directos asesores que ya sacaban sus propias conclusiones y apuntaban a los sospechosos habituales, fuera de lo que fuera, como posibles culpables.

Al primer edil de la Villa le preocupaba que ocurriera algo en el pueblo sin que él lo tuviera controlado o pudiera dar una explicación verosímil. Y ante la sorpresa general, no hacía más que mirar a todos lados. “Si no hay daños, lo importante es sacar partido”.

Entre el gentío ya numeroso se distinguía a don Eloy, el cura párroco, con su sotana de diario, buscando en su memoria cualquier texto de las Sagradas Escrituras que hiciera referencia a situaciones parecidas, bien por si era el caso de hacer proselitismo o bien por apostasía a Satanás, si la cosa se complicaba demasiado.

- Buenos días, ¿a qué se debe el barullo? ¿Alguna trastada de los mozos o cosa de borrajos?

- Padre, ¡qué sabemos acá! Parece que hay algo en la charca y no atinamos con lo que es.

- Lo mismo es el tío Camuñas…

- Paparruchas.

El cabo se coloca entre el cura y el alcalde, oído bien abierto y con el rabillo del ojo buscando a don Antonio, el profesor de primaria, posiblemente el más instruido de los allí presentes y con la mano derecha tanteando discretamente por si había olvidado la pistola en el cuartel.

- Macario, pregunte si alguien tiene alguna barca, de esas de las hinchables, para echarle un vistazo de cerca.

- Cabo, ¿no cree que pueda ser peligroso? Apenas sabemos nadar y un bicho así de grande nos manda a criar malvas en un santiamén. Por ahí están hablando del monstruo de Leganés.

El alcalde, al quite: “Eso es un cuento de los ingleses que se inventaron un lagarto prehistórico para llenar el sitio de turistas. Nadie lo ha visto, pero seguro que venden la chacina, los quesos y el güisqui a todo el que se acerca por allí. La verdad es que no estaría de más que se hablara de nosotros, con una cosa igual, venderíamos las tortas y los bombones de hogo al que nos visite. Tengo que darles vueltas, pero no me parece mala idea hacer un día al año venga la gente a comprar a mansalva, con música y todo…”

No hacía mucho que en España había cambiado el régimen, pero todavía quedaba mucha recalcitrantica en algunos. Por otro lado, los progres que habían cambiado los campamentos de la OJE por las casas populares comenzaban a sacar cabeza.

- Alcalde, ¿no habrá sido cosa tuya? El otro día ya apuntabas a desecar la charca y como que esto te viene al pelo.

- No digas tontunas, ¿qué tendrá que ver el burro con las coles?

- Diga que sí, alcalde, con Franco esto no pasaba.

- Sí, ya ni el frío es lo que era…

Un zagal importuna con su grito: “¡Allí, ande el poste! ¿Lo veis ahora?”

El poste era un monolito rectangular de granito del que se veía apenas medio metro fuera del agua. En este pedrusco toscamente labrado, que se encontraba antaño en el primer canchal del camino de Montánchez, se llevaban a cabo las ejecuciones con horca a los condenados en la Audiencia del Reloj. La gente creía que el Rollo, ubicado en la plaza, estaba destinado a este menester, pero más bien servía para otras cosas. Según el libro de Solano, lo que había encima del Rollo era una lechuza, símbolo de la sabiduría e imagen de impostura y vigilancia donde se impartía justicia. Alguien pensó que eso eran runrunes sin sentido, y qué mejor que poner un angelote de piedra que además lo podía hacer un amigo, el cantero de Montánchez.

- En la Guerra vimos muchas cosas raras, pero lo más asombroso fue aquel febrero que hizo un frío de espanto. Se heló todo el río, lo carámbanos eran como alpacas de paja y se podía andar por encima de la charca. Un día vimos como el cielo se llenaba de aquellas luces de colores, moviéndose.

- Eso, abuelo, es una aurora boreal y solo se puede ver en el Polo Norte.

- ¡Qué sabrás tú! Si hubierais pasado las penas de esos años y los siguientes, los del hambre, sabrías lo que vale un peine.

El anciano discutía con uno de tantos que había pasado la juventud y prácticamente la vida entera en las fábricas de Alemania. Se volvían después de la aventura que empezó en los años 50 y 60. Traían buenos coches, habían amasado un buen pecunio a base de trabajar sin descanso y ahorrar. Apenas unas palabras en alemán y muchos kilómetros de viaje.

- Estos Botejaras creen que con cuartos se acaba teniendo razón en todo, los peores son los que vienen de las Vascongadas o de Barcelona.

- Pues a los de Madrid se les da de comer aparte…

La niebla no se disipaba. Ante la muchedumbre, que ya incluía mujeres y niños, los guardias deciden poner un poco de orden.

-Macario, mira que te diga. ¿Se te ha ocurrido pensar que el bicho ese no sea una ballena y pueda salir de la charca? Hay que velar por la seguridad de la gente. Dile a aquellos que van por la otra orilla que allí hay mucho barro y no van a ver nada. Vamos a poner aquí una valla para que no pase nadie y llégate al bar de Honorio para llamar a Cáceres y que manden refuerzos por si las moscas.

- ¡*Alaorden*, cabo!

- Pregúntales si hay *fuélliga* en el barro, así sabremos si esa cosa ha salido de la charca ¿has conseguido la barca?

- Negativo, sigo en ello.

Los basureros de la Villa se acercan con su carro, atiborrado de trastes y tirado por un mulo tordo de paso cansino. Tío Antonio espanta un gato que se enreda entre las patas del mulo corriendo el riesgo de ser atropellado.

- ¡*Sapeee*!

El Guardia de la cámara agraria, tío Corchero, había sido llamado para que echara una mano en caso de que hubiera que cargar con algo grande hasta el vertedero. Tío Antonio apunta al llegar a la concentración de paisanos.

- ¿Y no habrá sido que se haya estropeado el trigo del silo y sea una rata grande?

- El Servicio Nacional de Trigo garantiza las buenas condiciones de almacenamiento, como mucho se le puede echar la culpa a la báscula que siempre ha estado muy guarra.

El apunte del alcalde trata de evitar las sospechas en algo que le afecte, y de paso suelta algún mensaje que le pueda venir bien. Lleva ya tiempo maquinando para alejar tanto el mecanismo de pesada de sol camiones como el silo.

- Deberíamos aprovechar la situación para pedir un Centro de Salud y un polideportivo para los chavales.

- Alcalde, poco a poco. La gente está digiriendo todavía el traslado del Rollo al centro de la Plaza. Y la mudanza de la Virgen al Convento no pudo ser. Dales tiempo.

Don Eloy ha llegado junto al alcalde y con disimulo trata de apartarlo del resto, de modo que no se les oiga la conversación.

- Mire, Padre, aquí la cosa es que le saquemos partido al asunto. ¿No sabrá de alguno que esté detrás de esto, verdad? Lo digo porque a Ud. Se le cuenta todo.

- Eso quisiera yo; ya no es como antes. Pero, ¿estás insinuando que rompa el secreto de confesión?

- O sea, que algo sabe…

- No seas bobo, esto parece cosa de la naturaleza, no del Altísimo.

- ¿No es lo mismo?

El sacerdote, cansado de argumentar en vano, se dirige al cabo de la Guardia Civil, claramente concentrado en controlar la situación.

- ¿Qué opina, Cabo?

- *Yuu*! ¿Qué sabemos acá? Todos los misterios tienen su porqué, y no dude que lo resolveremos. Pero si me pregunta si el maligno está detrás de esto, me parece que la cosa va a ir por otro lado.

Alguien aparece con unos churos y reparte a la concurrencia. En el corrillo de la oposición, entre la humareda de los cigarrillos y con las trencas bien abrochadas circulan las teorías de carácter científico.

- En cuanto se levante la niebla va a hacer calor, ya se sabe que en Febrero busca la sombra el perro…

- … y en marzo el perro y el amo.

- Esto debe ser cosa de las cigüeñas, que no hacen más que traer porquería de todas partes. En tiempos de Franco se iban en invierno y volvían por San Blas; ahora anidan todo el año.

- Ya rebuscan en cualquier pozata. Además de ranas y tritones, lo más abundante son los mosquitos, que en verano son tan grandes que algunos tienen dos motores, necesitan pista de aterrizaje y no te pican, te empujan.

- ¡Chacho, no exageres! Lo cierto es que los nidos son de treinta arrobas, tan grandes que cualquier día se desgracia a alguien que pase por el Palacio o por el Convento.

- ¡Pero si ha dicho el jefe del partido que están en extinción! Lo que hay que hacer es promover un plan de recuperación de aves zancudas en Extremadura cuando gobernemos. Buenos, eso es lo que dice el compañero, que lo importante ahora es llevar la contraria a los que gobiernan, si no somos nosotros.

- Esto debe ser cosa de la central nuclear que quieren poner los fachas en Valdecaballeros, si mezclan una cigüeña con la radiación trae larvas de peces que engordan sin control, como las vacas con *clembuterol*.

- Pues el otro día decían en el parte que esa energía es más barata y segura…

- Que no, propaganda engañosa, que vamos a explotar todos hasta Lisboa, te lo digo yo. Ya ha ocurrido muchas veces. En Almaraz se cuentan los muertos por centenares, desde la Guerra Civil no se ha visto otra cosa y los portugueses se quejan de que el Tajo baja contaminado.

Don Antonio, callado hasta entonces medra en la conversación:

- No digáis bobadas. En Albalá llevan sacando uranio de la mina de los Ratones desde 1960 y no se puede decir que les haya afectado a los Paletos.

- Eso lo dirá *usté*, don Antonio, que yo conozco más de uno que…

- Lo que sí parece es que hay cigüeñas por todas partes, y reza que no te tiren mierda encima, vas *habiao*.

- Ayer vi una con ramas en el pico, eso es que va a llover otra vez.

- Con todos los nidos que hay en el tejado de San Agustín, cualquier día se viene abajo.

- Ahora les ha dado por el vertedero y remueven todas las bolsas de basura, han dejado las ranas a las avutardas y las grullas.

- Pues lo tienen fácil y cerca. La gente aquí no tiene el menor sentido de civismo y todo lo tiran al suelo, las papeleras se aburren y no merece la pena invertir en ellas. Hasta los cines se llenan de cáscaras de pipas.

- Sí, eso dice tía Colorina, que prefiere que comamos palomitas o quicos.

El alcalde, siempre pensando en el futuro, empieza a darle forma a una idea que le va comiendo desde hace semanas: cambiar el centro de gravedad del pueblo, quitando interés a la plaza y traerlo a la zona de la charca. “Tengo que desecarla y construir pisos; llevamos el campo de fútbol más lejos e incluso podremos poner una plaza de toros. Sólo harían falta algunos bares para animar a los paisanos. Hasta la hoguera de los quintos me la traigo desde el Pilar”.

El ayudante del alcalde parece leer sus pensamientos.

- Los toros, donde mejor se ven es en la Plazoleta, debajo de los carros, como se ha hecho siempre.

- No me seas rancio, estoy pensando en poner un parque para la chiquillería y donde los viejos se puedan sentar al fresco en verano y al sol en invierno.

- ¿Con columpios y toboganes?

- Sí, además he visto que en el Retiro de Madrid se han instalado juegos para todas las edades, así la gente se entretendrá más en la calle que viendo la tele o los chavales destrozando nidos. Noto a la juventud un poco desnortada, sin otro oficio que hacer el gamberro.

- ¿Y qué has pensado?

- Dibujaremos la pica en el suelo y se pueden poner mesas para jugar al *pingpong* o al ajedrez, que dicen que es bueno para la memoria.

- Ten cuidado cuando pongan el tablero en el sentido de los bancos, porque es fácil que se coloque al revés y no se pueda jugar sentado.

- No digas tontunas, si son casillas blancas y negras, ¡qué más dará!

El Secretario del Ayuntamiento, don Nicolás, todavía con las gafas de leer sobre la nariz en lugar de sus características de pasta negra, se acerca a dos paisanos que parecen disfrutar de una animada charla.

- Espero que se acabe esta historia, todavía tengo que ir a aceitunas.

- Pues yo, ni olivas en Navidad ni los higos en agosto. Mientras no se declaren como deporte olímpico no me coge el frío, ni la escarcha ni las ortigas.

- Eso es porque no las tienes…

- Ya se sabe que por San Miguel el higo es de quien lo ve.

- No es así. Por San Miguel todos los culos giñan bien, por los Santos, ya no tanto y por Navidad ni poco, ni mucho, ni na.

- Pues yo me sé otro: Por San Juan son los que a Guadalupe van, pero al final van los que van.

“Si aquí cada uno va a lo suyo, menos yo que voy a lo mío”, piensa el Secretario antes de moverse a otro corrillo. Don Nicolás se ganó el título de don, a pesar de no ser forastero, por tener estudios; en cambio, la mera foraneidad proporciona un rango de trato superior y sobre todo resultaba un antídoto efectivo contra el mote. Todo el mundo tiene apodo, que se hereda de hijos a nietos y llega a salpicar a los parientes políticos. La cosa es tan seria que a mucha gente no se le conoce otro nombre que la designación popular.

Tío Caco el porquero, Francisco sólo para sus allegados, asoma cruzando el campo de fútbol, de vuelta con la piara de guarros tras él, camino del corral del concejo.

- Prenda, ¿ya has dado de mano?, *Cah*!

- Me he dado la vuelta cuando he *barruntao* tanto gentío y no quería que me lo contaran después.

- Siempre has sido muy *excusao*.

El Secretario pasa junto al alcalde, sin más que un *buenosdías* entre labios y llega hasta don Marcelino, el médico, que conversa con dos comerciantes de ganado apoyados sobre sendos bastones de olivo y tocados con boinas recias y gastadas.

- Esto es cosa del año bisiesto, que ya se sabe que ni viña, ni huerto, ni pan en el cesto. Siempre nos trae mala suerte.

- Este pueblo se ha beneficiado de grandes panaderos y muy buenos vinateros.

- Sí, las parras del Guadalperal han dado algunas carreras al pueblo.

- En realidad las carreras las ha pagado el pozo del Abogado y la fuente del concejo.

- Bueno, también se habrá usado el agua del pozo del tío Gorra, en el camino del Monte.

- ¿Has *pasao* y *lo’as probao*? ¿A que todavía le faltan tres o cuatro grados para que sea aguardiente?

El cabo, mostrando signos de impaciencia, enciende apresuradamente un cigarro y lo tira enseguida. Se acerca al guardia para que nadie le oiga las órdenes.

- Macario, avisa al Tiravientos. Dice don Antonio que le ha visto *an ca’* Micaela comprando tabaco.

- Pero si acabo de verlo pasar a su casa del Cerrillo. Venía como un *sanpingorro*, ese se ha pasado la noche en Casillas.

- Entonces es que tiene la zodiac en el remolque. Métele prisa.

Algunas abuelas, de luto negro riguroso, se congregan juntas comentando la escena, asombradas de ver tanta gente y tan temprano. Se acercan a un grupo de la tercera edad, probablemente quintos que están a sus cosas.

- Me cuenta Teodoro que la gente se vuelve desconfiada con la edad. Los hay que llegan a la Caja a cobrar las pensiones con el recibo y piden todas las perras, cuentan hasta el último real sobre el mostrador y después le piden al cajero que lo ingresen en su cuenta.

- ¿Qué pensarán que es un banco?

- ¡*Tepahati*!, son unos catetos. Yo tengo claro que entre lo que guardo entre los ladrillos y lo que guarda Teodoro en la Caja tengo que dejarles un buen pellizco a mis cuatro hijos.

- ¡Qué buena familia y que bien se llevan todos!

- *Velei*, eso es que todavía no han partido. El día que toque la partija no quedarán ni las pilistras en pie.

- ¡*Mijo, prenda*! ¡Qué *salao* que es!

El encargado del Banco Español de Crédito conversa con su colega de la Caja de Ahorros buscando temas intrascendentes con el fin de no dar datos que puedan ser usados por la competencia. Es fácil decir algo que despierte el interés del dinero y se escape una operación por ser inoportunamente indiscreto.

- Tengo un amigo que se ha mudado a Badajoz y le han nacido trillizas, como no se lo esperaba, le ha pillado por sorpresa y no sabía cómo llamar a las chiquillas.

- Pues lo tiene fácil, la primera como la abuela paterna, la segunda como la madre de ella y la tercera, la madrina o una hermana del padre.

- Al final se ha dejado de tontunas porque eran todos nombres muy antiguos. Les ha llamado Ana, Diana y Triana. Dice que así se acordará mejor.

- ¿Te has enterado de la historia del niño que ha nacido en Cáceres en una familia de bien?

-No, cuéntame.

- Pues el caso es que cuando el médico iba a costar el cordón umbilical llamó a la madre de la parturienta para que fuera testigo.

- ¿Y eso?

- ¡El niño era más negro que la sotana de San Pedro de Alcántara.

- ¿Y cómo es posible?

- Al parecer la niña invitó a jugadores del Cáceres de baloncesto a su fiesta de despedida. Entre ellos estaba Kenny Green, el americano.

- Pues ahora pueden llamar al niño *Quenegrín*.

- ¡Ja! No te lo pierdas, si lo mejor es que la abuela dice ahora que se trata de una recesión genética porque un antepasado suyo estuvo en Cuba.

- Yo de é pediría el divorcio, por si acaso.

- Buenos, por lo menos el niño será bien alto.

- ¿Te hace un cigarro?

- Creía que habías dejado de fumar.

- Sí, lo dejo todos los días.

- Te pareces a mi mujer. Se había quitado las ganas de fumar. Ahora se jinca un paquete igual, pero sin ganas.

- Mi abuelo decía que México era un run-run. ¿Mijo, has visto México, acaso? Eso se lo inventan para teneros entretenidos…

Ya era media mañana cuando Quico, el alguacil, resuena su trompeta en la *llaná* del Reloj, y apenas se asoman las abuelas por el postigo, grita con su soniquete de muchos años de práctica.

- ¡De orden del señor alcaldeeee… se hace sabeeeeeeeer, en esta Villa, que ha aparecido una ballena en la Charca del Regajoooo! ¡Nadie sabe cómo ha podido llegar allí semejante bichoooo… pero si atina el Cabo Martín, comeremos pesca toda la semanaaaa!

- ¡Y por si no le vaga, a todo el personal que tenga en su poder armas cortantes, pinchantes y disparantes, se personen en la charca… ¡Qué hay una ballena!

Valentín, sale en esos momentos por la *puertina* del reloj después de haberle dado cuerda y baja trastabillado el canchal en pos del alguacil, porque no ha llegado a oír la noticia.

- Sí que es raro, sí. Como si el Reloj de la Villa diera 13 campanadas.

- Sí, esa sería la hora de llamarte para que lo arregles, amigo Valentín.

- Lo que me sorprende es que aparezca una ballena en el pueblo y la primera idea que se ocurre sea matarla…

El Guardia llega fingiendo una larga carrera antes de acercarse a su superior. Coge aliento exagerando el aspaviento y se dirige a él negando con la cabeza.

- Ni rastro del Tiravientos, ha debido pasar por casa, pero se ha esfumado.

- Vale, límpiate el café del bigote y sacúdete las migas de la bolla de chicharrón que te acabas de jincar. Lo tienes allí en frente, *sostribao* contra la pared de la cerca. Llégate y pídele que te preste la barca, será un ratino.

El Guardia le mira con los ajos entreverados y se acuerda brevemente de algún familiar del cabo antes de dar media vuelta y acercarse al furtivo.

- ¿Qué barca, ni qué ocho cuartos? Yo no tengo ninguna.

- No me toques las narices. Anda, acaba. Que te conozco desde que peleábamos en la cerca de la guerra. Todavía estás mojado como si estuvieras sudando *ca’ pelo un goterón*.

- Bueno, que conste que lo hago como buena causa, así que no me lo tengas en cuenta. No me pinches la barca que anoche ya la estampillé contra un canchal, era de noche en todo el mundo y no se veía ni el agua.

- No, si la cosa es que te vienes conmigo, si hay que coger el *pendingue*, con las prisas tú te manejas mejor.

- Mira, guardia, que tengo familia.

- Andando, si al final hay pesca te puede salir por un pellizco. Lo primero es rematar el melonar.

La barca, a pesar de las aguas tranquillas zozobra por el peso del Guardia Civil, poco ducho en las artes marineras, y claramente azorado por lo que espera más allá.

- ¡Deja de moverte, que nos vamos al fondo! Así que está quietecito y atento a lo que salga. No te pongas *daleao*, es mejor sacar pecho, como si quisieras enseñar las medallas.

- Tú, como estás *entelerío*, la barca ni se menea… Tira para allá, ya veremos cómo salimos de esta.

- Hay que llegar *tresando*, y cuando esté cerca me *apescolo* un poco.

Desde la orilla, el cabo se esfuerza por hacerse oír.

- ¡Macario!, apunta bien a la cabeza, no sea que se nos desmadre por la orilla.

“Pero, habrá que ver qué cosa es antes de pegarle un tiro, ¿no?”, se queja el Tiravientos viendo que se ve a encontrar en plena balacera.

- ¡Hazte *pa’allá* y calla, que me olvidado el arma en la furgoneta y voy *cagao*!

Con la niebla aún densa y la expectación general, la escena no podría ser más característica de una película de Sherlock Holmes si no fuera por el murmullo estridente del gentío abarrotando la orilla. Lo inquietante de verdad era el silencio dentro de la charca y la quietud del agua, negra y muy fría. Al acercarse al mojón, la ballena había desaparecido.

- Guardia, me estoy cagando de miedo, ahora es cuando nos come la cosa esa y a la charca le cambian el nombre. *La Charca del Tiravientos*.

- Sí, cojonudo, siempre la Benemérita en segundo plano, labor callada, serena en el peligro, y mis c…

- ¡Mira, por ahí resopla!

Un chorrito de agua precedió a una estructura de madera y tela que parecía más un sofá viejo que un cetáceo. Por alguna razón, escupía el hilo de agua antes de salir a la superficie.

- Debe haber cogido una burbuja de aire, pero ¿por qué sube y baja?

- ¡Qué sabemos acá!, lo mismo está enganchado con los limos del fondo o cualquier otra cosa que haya arrastrado la corriente.

- Me sorprendes, Tiravientos, si te hubieras dedicado a estudiar…

- Pues me da una *mijina* de pena, hoy que esperaba cenar pescado.

- Lo dicho, tenías que haber seguido en la escuela.

De vuelta a la orilla el guardia relata lo que han visto y en menos de dos minutos la gente desaparece como había llegado, aunque llena de frustración, descontenta por haberse perdido una ocasión histórica.

El Tiravientos hace mutis sigilosamente con la barca bajo el brazo, mientras el Cabo recoge sus bártulos en el R4 y musita para sí:

- No sé si deberíamos hacer ronda por los bares para evitar que la gente se recoja tan tarde.

- Buena gana de darle vueltas, mi Cabo, como todo el mundo sabe, no hay ballenas en las charcas de Extremadura, como no hay pingüinos en el Polo Norte, dragones en ninguna parte ni volcanes en el Uruguay.